

Relatos del Salvador. El Robinsón Suizo

Carlos Calvo Alonso

En estos relatos del Salvador uno hilvana recuerdos desperdigados; algo así como un trabajo de *patchwork* para confeccionar una colcha que abrigue la memoria. Cualquier parecido con la realidad es, por tanto intencionado; por el contrario, los personajes y los hechos concretos que les atribuyo no pueden ser objeto de ninguna identificación, más allá de la autenticidad de algunos nombres evocados con cariño.



Poco antes de las diez, como cada mañana, Don Leoncio, después de doblar la esquina del matadero, enfilaba el camino sin asfaltar que llevaba a la escuela. Hacía frío y los chicos, arremolinados bajo el tejadillo de la entrada, miraban su caminar encorvado. El Platero encogía el cuello y se protegía las

orejas con las solapas levantadas de la chaqueta; se frotaba las manos y de vez en cuando soplabo el aliento sobre ellas. Juan, a su lado, parecía contemplar ensimismado las nubecillas de vaho que salían de su boca; quieto y mudo, no participaba en los movimientos cortos y nerviosos que animaban el grupo de chavales, rebaño apiñado por la niebla y el frío que se extendían por el patio.

Todo hubiese podido ser normal durante la comida del día anterior: las bofetadas a cuenta de los fideos demasiado salados; un empujón y una o dos patadas, ya en el suelo; los primeros hipos asustados de su madre antes de los golpes; los gritos y quejas menos contenidos en el fragor del castigo; el llanto callado después, al repartir los garbanzos humeantes en los platos; la seriedad de superior indiferencia de su padre comiendo reconcentrado una vez cumplido el rito... Una mala suerte que el tío Rafa pasara por la plazuela cuando los alaridos se oían perfectamente en la calle; no le había quedado al hombre más remedio que irrumpir en la casa e intervenir. El tío Rafa era en realidad un primo lejano que se había criado, puerta con puerta, al lado de la casa de su madre y la consideraba casi como una hermana. Ahora a Juan no se le quitaba de la cabeza su imagen menuda, alejándose apresurado de la casa mientras su padre le amenazaba desde el quicio de la puerta con la navaja abierta en la mano:

- ¡Vete a dar cuenta si quieres, cabrón! ¡Vete, vete, porque si vuelves a acercarte aquí te capó! – Movía la navaja y tenía media sonrisa de suficiencia y desafío en la boca.

El tío Rafa volvía la cabeza de vez en cuando hacia el retador sin abandonar su trotecito cochinerero, como intentando recoger con la mirada los restos de una cierta dignidad esparcida por el suelo.

- ¡Ahora mismo voy a dar cuenta al Ayuntamiento! ¡Tú a la Concha no la pegas así como así!

Alguna vecina le animaba a hacer la gestión procurando alejarle de la navaja y él asentía a sus advertencias sin pararse a escucharlas. Tres o cuatro chicos que jugaban entre la pila de vigas de la iglesia derruida se habían aproximado al oír los gritos de la mujer; al incrementarse el jaleo se les había unido alguno más. Después, cuando el tío Rafa abandonó apresurado el portal y el padre asomó detrás de él, el temor ancestral del acero produjo una corta desbandada y, todos juntos, se recolocaron expectantes al otro extremo de las vigas.

Por eso, porque el Rafa había pasado precisamente a esa hora por la plazuela y no había tenido más remedio que recorrer el portal alargado, subir la escalera, irrumpir en la cocina derrotado de antemano y salir medio huyendo después, porque todo no había sido normal como los demás días, Juan no había abierto la boca esa mañana a la puerta de la escuela. También por eso los demás respetaban su silencio y él intentaba concentrarse en vano en el recuerdo de la media melenita de Julita Calleja. Se había acostumbrado a evocarla cuando venían mal dadas y a reconstruir la imagen ya un tanto difuminada de la nariz chatilla y los ojos negros y brillantes de la niña, vislumbrados un instante a la luz del sol de un mediodía de hacía meses. Normalmente eso servía, era una buena estrategia para volver a la tranquilidad. Pero aquella mañana la invocación solo había sido efectiva por un momento porque, mientras el maestro abría la puerta de la escuela y los chavales se arremolinaban a su alrededor, no podía apartar de la cabeza el trocillo vergonzoso del tío Rafa en la plazuela y la figura temible de su padre gritando desde el umbral; el recuerdo le invadía envuelto en la vaharada de aire frío que salía del interior del aula.

Los chicos entraban empujándose unos a otros y el maestro se había hecho a un lado para dejarlos pasar. Juan, a su lado, esperaba también con la mirada posada en el vano de la puertucha del cuarto de los trastos; en la penumbra se entreveía el bidón de cartón de la leche en polvo con una esfera terrestre rota sobre la tapa. Don Leoncio le había mirado de reojo con intención varias veces, o eso le había parecido a él. Ayer, jueves por la tarde, no había habido clase, pero estaba seguro de que el maestro también se había enterado del escándalo; alguien habría llevado los rumores hasta el otro extremo del pueblo; además, el Rafa había cumplido la amenaza de ir a dar cuenta al Ayuntamiento, los municipales se habían presentado en casa por la tarde y la atención y los comenta-

rios del barrio se habían renovado. Entró de los últimos, bajó sin hacer ruido la tabla de su asiento en el pupitre doble y, como cada mañana, se sentó al lado del Bayoneta; este esperaba ya con el cuaderno de las cuentas abierto y el lápiz en la mano. En la arena, bajo la palmera de la isla del Robinsón Suizo, esta mañana no había nadie.

Había encontrado el libro entre cascotes, en un rincón de la casa de las viejas. Una de las dos ancianas había amanecido muerta y a la otra la habían recogido en el hospital de las monjas. “Antes lo tenían que haber hecho - opinaban las vecinas - malviviendo ahí, tan mayores. Demasiado que no se han muerto las dos”. La casa de las viejas permaneció cerrada una temporada hasta que una mañana entró en ella una cuadrilla de operarios que comenzaron a demolerla a golpes de picos y mazos. Por las tardes, cuando se marchaban los trabajadores, los chicos se colaban por los huecos de la obra y, entre ruinas y misterios, se dedicaban a explorar el interior de la casa semiderruida. Se hablaba de un tesoro escondido, pero allí no quedaba ya nada de valor. El Robinsón Suizo había perdido toda la cubierta posterior y media parte de la delantera; en lo que quedaba de esta, apenas si se vislumbraba ya un fragmento desleído de paisaje tropical. Juan había recogido el libro y, después de golpearlo suavemente varias veces contra un madero para expulsar el polvo, decidió conservarlo. Ya en casa, se dedicó a alisar una por una las hojas arrugadas; se conservaban bien pegadas y, como pudo comprobar repasándolas concienzudamente, no faltaba ninguna; contrariamente a lo que se podría esperar, la tinta del interior se había conservado bien, las letras se leían perfectamente e, intercaladas de vez en cuando entre ellas, se podían contemplar ilustraciones en blanco y negro: personajes jóvenes vestidos con trajes arrugados que amontonaban los restos de un naufragio en una playa, una enorme boa abultada por la presa que había engullido, una familia comiendo en un bosquecillo de palmeras... Había escondido el libro en un hueco entre los peldaños de la escalera que nacía en el portal y se sumergía en cuanto podía en el torrente de aventuras de aquella familia de náufragos que, a pesar de su procedencia alpina, habían conseguido establecer su hogar, literalmente contra viento y marea, en una exótica isla tropical llena de posibilidades y peligros.

Por aquellos días, poco antes de las vacaciones de verano, Juan había conocido a Julita Calleja. La chica aparentaba unos diez años y hacía de contorsionista en una familia de titiriteros que actuó una noche en el

Corro. Iba vestida de bailarina y su número consistía en culebrear entre los tramos de una escalera de mano soportada por el que parecía el director del espectáculo, quizás su padre, que iba vestido con un uniforme multicolor. El rudimentario espectáculo contaba también con un chimpancé que imitaba las faenas de los labradores bajo la amenaza de una estaca y con un cachorro de leona que un titiritero fornido mostraba en el centro del círculo formado por la gente, bien amarrado por el cuello con una correa. Después de la función, los chavales se quedaron a fisgonear un rato mientras los titiriteros recogían el atrezzo; recularon cuando el de la escalera les dijo que si querían ver otra vez al chimpancé y la leona tenían que pagar dos reales cada uno. De cerca, el vestido de la niña contorsionista, con el tutú deshilachado, se veía deslucido y sobado. “No son húngaros ni quinquis - sentenció con aplomo el Meneses -, y la bailarina tiene manchado el traje por la parte del chocho”.

Volvieron al mediodía siguiente, después de las clases de la mañana. El grupo se aventuró decidido entre los trastos de la compañía en busca de un resquicio desde donde se pudieran atisbar los animales.

- Tú, ¿qué haces aquí? ¿Quién eres?- Juan se había retrasado un poco, el recuerdo del tipo del uniforme le intimidaba. La chica estaba al pie de la rampa que permitía subir a la parte trasera de la camioneta y le interrogaba resuelta y con un deje de burla en la voz. Le colgaba una cazuela vacía de una mano y ya no iba vestida de bailarina; llevaba una camiseta roja y una falda negra, estampada de amapolas, que le llegaba a media pierna.
- Me llamo Juan – El niño se arrepintió inmediatamente de su respuesta balbuciente; le pareció elemental y ridícula y hasta notó que se había puesto algo colorado.
- Pues yo, Julita Calleja. – Lo dijo la niña sonriendo con desenvoltura. Luego siguió caminando displicente hasta el hueco de una lona que servía de separador, atada por un lado al espejo retrovisor de la camioneta y por el

otro a un poste clavado en el suelo. Hacía bailar la falda al caminar.

Cuando Juan volvió solo por la tarde, en el Corro solo quedaban algunos restos de paja como rastro de los titiriteros. Al pasar junto al grupo de mujeres que cosían a la sombra, le pareció oír que comentaban que la compañía de titiriteros se dirigía hacia la parte de Aranda. Un rato después pedaleaba por la carretera en la bici de su padre. Llegado a Nava de Roa no encontró rastro del circo; allí no había acampado la compañía. Lo comprobó con cierto alivio pues, en realidad, no había previsto qué hacer si encontraba el campamento. A la altura de Fuentelisendo, el recuerdo del portal de su casa, vacío y sin la bici en su rincón, era una araña que le anidaba en el pecho. Paró unos segundos en la cuneta, cruzó la carretera con sensación de derrota y comenzó a pedalear de vuelta.

El portal estaba oscuro y silencioso, dejó la bici en su sitio y subió poco a poco la escalera procurando que no crujiera ningún peldaño. Arriba no había nadie; su padre, de agostero para Don Ángel Escribano, no volvería a casa hasta la noche, la madre seguramente cosía en el corro de vecinas y sus hermanos andarían con la pandilla. Era lo esperado y se le comenzaron a normalizar los latidos del corazón. Vuelto sobre sus pasos, otra vez en el portal, se aseguró obsesivo de que la bici estuviera bien apoyada en la pared; los neumáticos permanecían bien hinchados, las ruedas no se habían pinchado, y nada en la pesada BH negra denunciaba la reciente excursión.

A esas horas la plazuela estaba vacía; las largas tardes de principios de verano permitían a los chicos callejear por todo el pueblo o explorar sin cortapisas las riberas. Se sentó en una de las vigas de la iglesia derruida y se puso a fantasear tranquilo con la isla del Robinsón Suizo. Esa fue la primera vez que llevó a Julita Calleja a su rincón preferido: bajo la palmera, con el mar al frente y la fuente que manaba de las rocas a la espalda.